



Tupamaros (mayo de 2020)

JULIO MARENALES

El picapedrero

El gurí Marenales – porque no siempre fue el “viejo Julio”- nació y se crió en el departamento canario, allá por Rincón del Gigante.

A pesar de que apenas con 9 años debió venirse para Montevideo ante la muerte de su padre, los años vividos allí forjaron parte de su personalidad, como confesaría años más tarde.

Su padre Abdón – nombre que luego tomaría como uno de sus nombres de guerra”- era un hombre netamente práctico en labores manuales, habilidad que Julio heredó y que fue su característica más sobresaliente durante toda su vida.

Asistió a la escuela experimental de las Piedras, cuyo método de enseñanza se basa en la experimentación y estudio concreto de las ciencias, formación que fue fundamental para su impronta.

Con su madre y hermanos se vino a la casa de una tía en Montevideo, y allí empezó sus primeros trabajos siendo adolescente.

Corría el año cuarenta y poco y la revolución española acaparaba la atención mundial; en la sobremesa familiar la atención del joven Marenales se centraba en aquellos relatos de brigadistas internacionales que iban a pelear junto a los republicanos, contra el avance franquista.

En Uruguay nacían por doquier los Clubes Democráticos en apoyo a la resistencia de la revolución en la madre patria.

Peón de tambo primero y de barraca después, su pronta conciencia de laburante, sumado a la motivación de aquella revolución de la que era lejano testigo, lo fueron encaminando a integrarse a la Juventud del Partido Socialista.

Aún no era la hora de la unidad de la izquierda; el Partido Comunista había nacido como una escisión del Partido Socialista de Frugoni, y el debate sobre el desarrollo de la revolución soviética, aún estaba en pleno auge.

La lucha por la hegemonía dentro de las filas obreras acompañaban esos debates, y anarcos, troscos, socialistas, comunistas y cristianos generarían sus propias centrales o federaciones sindicales.

Llegando a mitad del siglo veinte, Marenales encausa su vida militante y su vocación en Bellas Artes.



En el aspecto militante, las revoluciones triunfantes en Europa del Este, sumadas a la China, van a agitar debates estratégicos en la izquierda uruguaya.

Marenales, junto a Sendic, Manera, Ribero, Amodio Pérez y otros destacados militantes socialistas, cuestionan la conducción del Partido, liderada por un debilitado Frugoni.

La discusión en el terreno sindical y político, supera el debate teórico y cada organización tendrá su propio equipo de autodefensa, dentro del cual Marenales tendrá destacada responsabilidad.

La huelga general de los gremios solidarios de 1955 es respondida por el gobierno con la aplicación de las Medidas Prontas de Seguridad, obligando a varios militantes sindicales a pasar a la clandestinidad.

Julio Marenales, ya picapedrero en un taller de esculturas, además de docente de la Escuela Nacional de Bellas Artes, siente que el Partido Socialista debe modificar su estructura y su metodología, para poder dar respuesta al embate represivo que se cierne sobre el país.

El triunfo de la revolución cubana y las luchas independentistas en Vietnam y África, abren nuevas perspectivas.

En los 60, los socialistas deciden organizar a los trabajadores rurales, en aquellos sectores donde los comunistas aún no habían tenido incidencia.

Entre los remolacheros, los arrozales y la caña de azúcar andará Raúl Sendic con Leguizamón. Los dados están echados.

La solidaridad en torno a la creación y lucha de UTAA, lleva a Marenales y aquel grupo socialista de autodefensa, a coordinar con otros grupos de izquierda buscando una respuesta no sólo a este peculiar conflicto sindical en el norte uruguayo, sino como respuesta defensiva al accionar de bandas fascistas que actuaban en Uruguay.

Como la integración a este organismo coordinador requería un compromiso comprobado en la práctica, Marenales realiza su primer acción directa, expropiando un banco.

La operación debía salir limpia, esto es, sin generar heridos, aunque ello implicara caer preso, y eso fue lo que pasó; la operación sale mal, y allá por la Cárcel de Miguelete, Marenales estrena su larga carrera como presidiario.

Si se toma en cuenta los años que Marenales estuvo preso, desde aquellos años 60 hasta el 85, es el preso político que más tiempo estuvo confinado.

Dotado de sentido del humor y destreza manual, en las cárceles nacerán las anécdotas de cómo el Viejo Julio, burlaba el control de los carceleros para construir pieza por pieza, artesanales armas de guerra y cursos de construcción de artefactos explosivos.

Los distintos momentos en que recobró su libertad, le permitieron ir ocupando puestos de dirección dentro de aquella nueva organización que había dejado de ser una simple coordinación de grupos para pasar a ser el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros.

Sobre los 70 estará al frente de una columna que tendría su base territorial por el oeste de Montevideo, con la emblemática denominación de Marquetalia, por la zona liberada de la guerrilla colombiana de las FARC.



Ya se había realizado la toma de pando, desarrollado cientos de pequeñas acciones militares de una organización que crecía en influencia y en integrantes, el ajusticiamiento del agente norteamericano Dan Mitrione, la instalación de la Corcel del Pueblo.

En Marenales empieza a crecer la preocupación de la necesidad de dar el salto organizativo y pasar de una organización que realizaba política con armas, a una suerte de ejército regular, preocupación y aspiración que se va a plasmar en los Documentos 4 y 5.

El plan collar, una suerte de estrategia casi insurreccional, da cuenta de esas preocupaciones.

El fundamento venía dado por las señales cada vez más evidentes de los sectores golpistas dentro de las Fuerzas Armadas, alentados por la oligarquía en el gobierno, a tal punto que se empezó a trabajar en un plan de contingencia donde coordinaban los aparatos militares del MLN-T, el PCU y los militares auto denominados constitucionalistas.

El 14 de abril el MLN-T ajusticia a integrantes del Escuadrón de la Muerte y 3 días después son masacrados por el ejército los comunistas de la seccional 20 en el paso molino.

En el desarrollo de aquellas tareas de resistencia, es que se produce en un enfrentamiento la última detención de Julio Marenales.

Una camioneta del ejército pasa por la calle cuando va a un contacto y reconoce a Amodio Pérez, vestido de soldado.

Bajo la consigna de no entregar la bandera se planta en combate; tira una granada que no estalla a la camioneta y en el intercambio de disparos cae herido y es arrestado.

A partir de allí empezará un largo periplo donde pasa a ser uno de los nueve rehenes del MLN-T, alojado en distintos cuarteles hasta su liberación definitiva, en 1985.

Liberado, retoma la reorganización del MLN-T y pasa a ser un miembro casi vitalicio de su comité ejecutivo, pues se convierte en uno de los referentes indiscutibles.

Vehemente y conceptualmente firme, poseedor de una conducta íntegra reflejando en su constante accionar los Valores Ideológicos básicos, se convirtió naturalmente en un referente de aquella triada de conducción del MLN-T junto al ñato Fernández Huidobro y Pepe Mujica, tras la muerte de Raúl Sendic.

Duro polemista, planteó constantemente sus incertidumbres sobre el grado de acumulación política que para una transformación profunda de la sociedad, podía generar el integrarse a la Institucionalidad, experiencia que venían desarrollando los distintos gobiernos progresistas de la región.

Como aquél gurí que en la escuela de la ciudad de las piedras, aprendió de la anatomía del globo ocular diseccionando un ojo de vaca, analizó el Uruguay progresista y el rol que cumplían las organizaciones de intención revolucionaria.

Fue un tábano molesto en la confortable siesta de una gestión progresista que se veía limitada en gestionar la crisis del sistema capitalista.



Su visión crítica, inconformista y cierto vehemente temperamento no contrastaban con su alta dosis de humor, apelando a los chistes más espantosos que tenga registrada la sociedad occidental, realizándolos en inverosímiles momentos y lugares.

Allá por Salto, a orillas del Río Uruguay se volvió a reencontrar con el Marenales picapedrero, sin perder su sana costumbre de cuestionar y obligarnos a repreguntarnos sobre nuestros propios convencimientos.

